



XVII ANIVERSARIO IN MEMORIAM POR FERNANDO BUESA Y JORGE DÍEZ

“Activando una sociedad que se reconozca en las víctimas”

XVII. URTEURRENA FERNANDO BUESA ETA JORGE DÍEZ OMENTZEKO IN MEMORIAM EKITALDIAK

“Bere burua biktimengan onartzen duen gizartea aktibatzen”

**22 DE FEBRERO DE 2017
Museo Artium de Vitoria-Gasteiz**

**DISCURSO DE SARA BUESA
VICEPRESIDENTA DE LA
FUNDACIÓN FERNANDO BUESA BLANCO FUNDAZIOA**

Una vez leí que la felicidad de una persona puede medirse por la fuerza de sus vínculos. Verdaderamente, la conexión con otras personas, el amor, la pertenencia, es lo que da significado y sentido a nuestras vidas.

Cuando uno vive una experiencia traumática, se produce de pronto una ruptura radical con el mundo que te rodea.

Con el asesinato de mi Aita me sentí arrancada de mi realidad. Como si me cayera de golpe una losa encima, de pronto mi vida, mis preocupaciones anteriores y las de las personas de mi edad, carecían de sentido. Una barrera se había instalado separándome de los demás.

Hasta ese momento, yo vivía en una burbuja: la inquietud y la sombra de la amenaza me rondaban pero yo las descartaba, no dejaba que invadieran mi núcleo de seguridad, la certeza interior de que mi familia y yo estábamos a salvo, de que no iba a sucedernos nada malo.

Esa burbuja explotó de pronto y me di de bruces contra el suelo.



Sentimientos de fragilidad, dolor, tristeza, rabia, miedo... me inundaron con fuerza produciéndome una sensación de angustia y asfixia interior. Eran emociones demasiado fuertes. Así que hice lo posible por evitarlas, por no pararme mucho a pensar. Mi máxima: avanzar, incluso herida. Mi meta: recuperar la normalidad lo antes posible.

Aferrándome a mis rutinas, retomé enseguida las clases, me refugié en el estudio, estaba con mi novio, volví a salir con mis amigas...

Pronto llevaba una vida aparentemente normal pero con una cierta sensación de estar a caballo entre dos mundos: la normalidad aparente y la anormalidad interior. Sentía que mi vínculo con el mundo se había quebrado. Que mi alegría, mi capacidad de disfrute, la espontaneidad, la frescura... se encontraban anestesiadas, como cuando vas al dentista y te duermen la boca: cuando se va pasando el efecto de la anestesia te tocas con el dedo el labio y lo notas pero como en la distancia, como adormecido...

Recuerdo que los primeros días cuando salí al mundo exterior iba por la calle mirando al suelo, no quería que nadie me viera ni me reconociera. Me sentía pequeña, huérfana. Tenía mucho miedo a enfrentar las miradas de los demás, a lo que me pudiera encontrar en ellas: ¿rechazo... incomodidad... horror... lástima...?

Afortunadamente yo no experimenté rechazo, a lo sumo alguna persona que conocía de vista y que dejó de saludarme o se cambiaba de acera al verme. Después de todo, a nosotros nos tocó sufrir el asesinato de Aita y Jorge en el año 2000 y en una ciudad como Vitoria. Pero las cosas habrían sido muy diferentes si hubiéramos vivido en algún pueblo y esto nos hubiera sucedido en los años 80 o 90... ¿verdad?

Sentí la incomodidad de algunas personas que no sabían muy bien qué hacer ni qué decirme y evitaban el contacto conmigo.

Sentí algunas miradas de horror, que me reflejaban que nos había sucedido algo terrible, ahondando en el estigma de ser víctima, marcada para siempre.

Sentí algunas miradas de lástima de personas que en un intento de ayudar proferían consejos acerca de lo que tenía que hacer o cómo debía sentirme.

Sentí muchas miradas, y estas son las que grabo a fuego, cercanas, tristes y serenas, cálidas y firmes, que conectaban con mi sentir, me insuflaban fortaleza y me hacían sentir acompañada y arropada frente al dolor.

Fueron muchas las personas y muchos los gestos que nos transmitieron que no estábamos solos. Han pasado 17 años y todavía se me pone la piel de gallina al recordarlos: las flores, las velas encendidas, dibujos, notas, en el lugar del atentado; los telegramas y cartas, algunas de personas desconocidas, que nos trasladaban su



solidaridad; el impulso de cercanía de quienes se acercaron a la capilla ardiente instalada en el parlamento, el *Agur Jauna* a la salida, toda la gente que salió a la calle y que aplaudía a nuestro paso camino del funeral, la catedral a reventar...

Todas estas muestras de afecto fueron tan valiosas para nosotros, nos llegaron tan adentro que apenas 4 días después del atentado, hicimos un comunicado, porque sentíamos la necesidad de agradecerlas y para transmitir lo importantes que habían sido para nosotros. Lo importante que es para cualquier víctima sentir el calor del abrazo espontáneo, el gesto sencillo, que indican "estoy aquí, no estás sola, tu dolor es mi dolor, estoy contigo".

Estar o no estar, acercarse o no acercarse, decir o no decir, mostrar o no mostrar... marcan una diferencia sustancial. No se me ocurre nada más terrible que tener que vivir una experiencia así en soledad.

En aquel comunicado decíamos también "no queremos compasión ni que se utilice nuestro dolor". Sin embargo, recientemente he descubierto que la compasión es una emoción preciosa, que todos aquellos gestos que nos habían conmovido y llegado tan profundo no eran otra cosa que pura compasión, que salía del corazón e impulsaba a tantas personas a movilizarse y a hacer algo por aliviar nuestro dolor.

A raíz del asesinato de mi Aita se despertó en mí una sensibilidad especial, la capacidad de ver y comprender la naturaleza del sufrimiento.

Desde entonces, cada nuevo atentado, cada noticia trágica, me resuena en lo profundo y me siento conectada automáticamente con el dolor de las personas que las sufren.

Al principio esta sensibilidad al sufrimiento me resultaba un tanto abrumadora, pues me hacía revivir mi propio dolor. Me acuerdo perfectamente por ejemplo del siguiente asesinato de ETA después del de Aita y Jorge, el de José Luis López de Lacalle. Recuerdo cómo me golpeó emocionalmente y me sacudió por dentro la imagen del paraguas rojo en el suelo en las noticias. Me metí en la ducha y no podía de parar de llorar.

Quizás estas sacudidas fueron las que me obligaron a parar ocasionalmente mi afán por mantenerme ocupada y me hicieron poco a poco tomar conciencia de mis emociones, prestarles atención y mirarlas de frente.

Hay cosas que preferiríamos que no hubieran sucedido, hay partes de nosotros que nos gustaría que no estuvieran ahí. Es como esa cuerda que tenéis. Quizás hay un extremo que no te gusta y trates de ignorarlo, de maquillarlo, o incluso de cortarlo. Pero si lo cortas otro extremo aparece en su lugar. Seguirás teniendo una punta ahí. La solución no está en cortar, está en integrar.



Afrontar mi propio sufrimiento, atender a mi dolor, respirarlo, reconocerlo y abrazarlo fue el primer paso para empezar a sanar.

Con el paso del tiempo y mediante ese trabajo personal integré lo trágico en mi vida.

He aceptado que soy quien soy, con mi mochila, con mis miedos y mis fantasmas, con mis heridas y sus cicatrices, que estarán ahí para siempre...

Y así, conseguí encontrar el equilibrio entre cultivar mi sensibilidad, estar abierta al mundo y al sufrimiento de los demás, y al mismo tiempo sostenerme firme y sólida, sin derrumbarme ante el mismo.

Surgió entonces en mí el impulso de acercarme a otras personas que sufren situaciones traumáticas, de acompañarles en su dolor y en su proceso de recuperación. Orienté a ello mi formación y mi actividad profesional. Enfocar de esta forma mi energía me hacía sentir bien. Poniendo los aprendizajes de mi experiencia y mis conocimientos al servicio de otras personas, sentía que estaba haciendo algo bueno, algo constructivo.

En mis años acompañando a víctimas de delitos violentos diversos se desarrolló en mí una fuerte conciencia de humanidad compartida, que cambió mi manera de ver a las personas. Ayer me ocurrió a mí. Lo que a ti te sucede hoy me puede suceder a mí mañana. Lo que a ellos les pasa os puede pasar a vosotros también. Estamos conectados, relacionados los unos con los otros.

Es como esa cuerda que tenéis ahí. En toda sociedad hay extremos. Hay dos puntas y un centro pero todo forma parte de una misma cuerda indivisible. Estamos en el mismo barco.

Teniendo delante a esas personas que habían sufrido tanto; escuchando y sosteniendo sus emociones a flor de piel; rozando su vulnerabilidad y admirando su fortaleza y los recursos que desplegaban, sentía como si fuéramos vasos comunicantes. Me parecían seres humanos hermosos.

A pesar del apoyo que yo brindaba a otras personas, mantenía una actitud muy reservada respecto a mí misma. Mi vivencia, mis emociones, las guardaba en un rincón seguro, íntimo: mi rincón de vulnerabilidad. Estaba ahí, lo tenía asumido, pero era algo desagradable, a mantener oculto y bajo control.

Me llevó un tiempo descubrir que lo me hacía vulnerable a mí también era al mismo tiempo algo hermoso.

Hace unos años, ofreciendo mi testimonio en las aulas y posteriormente en los encuentros con otro tipo de víctimas, di el paso de empezar a mostrarme, de abrir mi corazón y compartir lo que llevo dentro.



Fue un paso costoso, lo más parecido a un salto al vacío, lleno de incertidumbre, vértigo, miedo a resultar herida...

Pero al hacerlo, al encontrar el coraje de contar la historia de quien soy con todo mi corazón... zas! surgió una conexión impresionante, un intercambio maravilloso, que me ayudó a reconectarme conmigo misma, con la vida y con las personas...

Y es que cuando alguien nos abre su corazón, no nos deja indiferentes, mueve algo en nuestro interior, resuena con algo nuestro, nos invita a abrirnos nosotros también, a mostrarnos auténticos.

Conmoverse, compartirse, con-pasión... supone asumir una posición de vulnerabilidad, salir de nuestra zona de confort y sumergirnos en el mundo con el corazón en las manos.

Estoy convencida de que es precisamente en esa zona de vulnerabilidad donde está nuestro máximo potencial, donde surge nuestra capacidad de conectar, donde hay verdadero diálogo y conversación, donde nacen los vínculos de humanidad compartida.

La nuestra ha sido una sociedad deshumanizada.

Hemos vivido en un mundo muy sectario, en el que se nos ha encasillado a las personas en extremos en nacionalistas y no nacionalistas, vascos y españoles... reforzando nuestras diferencias.

Hay quienes han hecho una división de la ciudadanía en bandos enfrentados, distinguiendo entre "los míos" y "los otros", dejando de ver a "los otros" como personas valiosas y alimentando sentimientos de odio y desprecio hacia ellos.

Convivimos durante tanto tiempo y de forma tan intensa con la violencia que nos habituamos a vivir con ella. En un mecanismo de supervivencia, mucha gente se sumergió en la burbuja de su vida cotidiana, poniéndose una coraza y desconectando del sufrimiento, de lo que estaba sucediendo ahí fuera, al otro lado de la puerta, en el portal, en la calle, en el bar... Tan cerca y tan lejos...

El miedo ha mantenido un velo silencioso sobre los acontecimientos que hemos vivido. El terrorismo, la violencia en todas sus formas, han sido temas tabú, de los que no se ha hablado en ningún sitio, ni en la calle, ni en las escuelas ni en las casas... "Aquí no se habla de política". Como si las vulneraciones más graves de derechos humanos fueran política...

Hay que tener el coraje de ver lo que es difícil y duele en uno mismo y en los demás. Necesitamos recuperar una sociedad en la que nos sintamos conectados los unos con los otros, en la que tengamos consideración por los demás y nos preocupe lo que les suceda.



La injusticia y el dolor ajeno nos interpelan...

¿qué puedo hacer yo? ¿cómo puedo ser parte de la solución?

Involucrémonos en un proceso de transformación, en un viaje que nos conduzca a nuestra esencia como seres humanos, a nuestros valores fundamentales.

Hagamos de esos valores, de nuestra conciencia interior de lo que está bien y lo que está mal, nuestra guía; y construyamos, o reconstruyamos, nuestras creencias y nuestro discurso en base a ellos.

El mundo sectario en el que hemos vivido empieza a resquebrajarse y yo hago una llamada a salirnos por las rendijas que se abren: a mostrar nuestra humanidad y nuestra sensibilidad, a actuar conforme a lo que nos dicta el corazón, defendiendo abiertamente nuestros valores y rompiendo los falsos dilemas en los que nos colocan a veces los discursos sectarios.

Yo, por ejemplo, soy víctima de ETA y me posiciono rotundamente contra el GAL y contra cualquier vulneración de derechos humanos.

Defiendo abiertamente la igualdad en derechos para todas las víctimas. Y al mismo tiempo continuo reclamando la deslegitimación clara del terrorismo de ETA y voy a seguir demandando que se haga un análisis profundo de lo que ha sucedido con ETA.

Del mismo modo, una víctima del GAL puede manifestar su rechazo a la violencia de ETA, al tiempo que reclama su derecho a acceder a la justicia y a un mayor reconocimiento institucional.

O un familiar de un preso de ETA puede hacer un juicio crítico con las acciones de éste y mostrarse sensible con el daño que ha causado, y al mismo tiempo continuar reclamando el acercamiento de su familiar y un tratamiento digno y respetuoso con los derechos humanos en prisión.

Hacer una cosa no implica renunciar a la otra.

Abrazar nuestra vulnerabilidad supone ir más allá de nuestra zona de seguridad. Movernos en un terreno de incertidumbre, en el que renunciamos a controlar y predecir todo.

(Para entender esto, nada mejor que vivirlo. ¿Qué pasaría si yo os invito a hacer algo que vosotros os sentís incapaces de hacer porque aparentemente es imposible?)

Os sentiríais vulnerables.



Vamos a hacer un experimento. Vamos a jugar entre todos viviendo la vulnerabilidad.

Coged vuestra cuerda. Simplemente tenéis que hacer lo que yo haga. Y lo que yo voy a hacer es un nudo en la cuerda teniendo sujetos los extremos en las manos.

Esto que estáis sintiendo es el comienzo de la vulnerabilidad: empezáis a sentir os incómodos, inseguros, quizás experimentéis vergüenza... Os empezáis a preguntar cosas (qué pasa, no entiendo nada, por qué a mí no me sale si hago lo mismo...)

Sensaciones muy parecidas te invaden cuando das el primer paso de abrir tu corazón: no tienes todas las respuestas ni todas las garantías. Te expones sin saber con certeza si va a salir bien o mal.

En un momento dado hay que dar un paso al frente, confiar y esperar lo mejor.

Así que vamos a probar otra vez, y esta vez lo voy a hacer de espaldas a vosotros, porque si estoy enfrente os hago de espejo. De espaldas podéis seguir mejor los pasos. Vamos allá.

¿No sale...?

Empiezo a percibir cómo crece el malestar, la frustración... Me llega un cierto enfado y rechazo. Seguro que muchos de vosotros estáis pensando "¿qué hago yo haciendo una cosa como esta?, esto no es para mí, no va conmigo". Incluso hay gente que ya ha decidido "yo paso, no quiero seguir con esto" y ha dejado la cuerda a un lado...

Esto también es parte de la vulnerabilidad.

Despojarnos de los miedos y de las emociones negativas que nos lastran, Quitarnos las telarañas y liberarnos de prejuicios, Conmovernos con lo que sucede a nuestro alrededor y dejar que los demás nos vean tal y como somos, en lo profundo... Forma parte de este proceso de sentirnos vulnerables.

Cuando a pesar de la incomodidad persistes y lo logras sientes una profunda fortaleza y libertad interior.

Y eso es lo que vais a experimentar vosotros ahora. Porque obviamente no os voy a dejar así... Lo vamos a volver a repetir, y esta vez os voy a explicar un pequeño detalle que lo va a hacer todo diferente).



Es en nuestra zona de vulnerabilidad donde suceden las cosas mágicas, donde nos sentimos vivos y se despliega la energía del amor.

Allí donde emerge nuestro lado más humano se encuentra la mayor fuerza de transformación social.

Zauritu gaitzaketan eremu horretan gertatzen dira gauza magikoak; hor sentitzen gara bizirik, eta hedatzen du maitasunak bere indar guztia; hor egiten du bidea sormenak, urratzen dira bideak.

Mila Esker.



@Fundacion_Buesa
#InMemoriamXVII